

Domingo cuarto T.O (C).: “PONTE EN PIE Y DILES LO QUE YO TE MANDO”.

LLAMADOS A SER PROFETAS

TEMA CENTRAL

Jesús se presenta como el profeta que proclama la palabra portadora de salvación universal, pese al rechazo de los hombres. La raíz de este rechazo es siempre la dureza de los corazones. Pero la fuerza de Dios asiste a los profetas para mantenerse firmes en medio de las dificultades. El don de profecía sólo se acabará cuando triunfe plenamente la fuerza del amor

I: Felipe Fernández Caballero
Exégesis de los textos litúrgicos y homilía

LECTURAS

1ª. “Pongo mis palabras en tu boca”

Jr 1,4-5.17-19

La vocación de Jeremías se caracteriza por el protagonismo de la palabra. La palabra lo elige, lo consagra y lo nombra. Jeremías responde a esta llamada de Dios con una objeción: él no sabe ejercer el ministerio de la palabra, que es la función esencial de un profeta. La misma palabra le confirma en su vocación y le promete la asistencia divina: *Yo estaré contigo* (Jr 1,8. Véase Jr 15,20).

A pesar de su desamparo, la palabra contiene exigencias de totalidad: abarca la vida entera del profeta, se extiende a todos los pueblos y comprende todos los aspectos de la historia, tanto los amenazantes como los esperanzadores (*arrancar y arrasar, destruir y derribar, edificar y plantar* (Jr 1,10). Desde la eternidad Jeremías era conocido del Señor; desde antes de nacer estaba consagrado al Señor (Jr 16), separado de su pueblo y constituido como profeta de las naciones. Ser profeta no era un oficio añadido, sino parte de su existencia. Por eso, cuando quiere olvidar el encargo, no puede y sufre su crisis existencial más aguda (Jr 20,9).

El cumplimiento de la misión profética no depende de sus cualidades, no ha sido elegido por poseerlas. En la vocación de Jeremías se subraya la iniciativa divina: el toque en los labios transforma los pensamientos humanos en mensaje divino, constituye al portavoz.

Dios toma en serio la objeción del profeta, confirma su envío en misión, lo apoya con otra promesa: «*Yo estoy contigo*» (v. 7a.8), y le prepara para dificultades futuras; no debe sentir miedo cuando lleguen.

Un conjunto de similitudes establece una relación incontrovertible entre Jeremías y Moisés que, elegido desde el seno materno, será conducido por su padre a Egipto. Hay un paralelismo entre las figuras de Moisés y Jeremías. El par de verbos "mandar-decir" de Jr 1,7 (*dirás todo lo que yo te ordene*) sólo se repite en Ex 7,2 y en Dt 18, 18, referido en

ambos casos a Moisés. La frase *pongo mis palabras en tu (su) boca*, de Jr 1,9 se repite también exclusivamente en Dt 18,18. Ambos expresan en su vocación una objeción parecida: tras una invocación al Señor manifiestan la imposibilidad de hablar (Jr 1,6; Ex 4,10. Véase Ex 6,12.30).

Jeremías es el tipo mismo de Cristo, y su vida nos ayuda a entender mejor la vida de Jesús, el Profeta. Elegido de entre sus hermanos, no es bien recibido, pero su actitud se mantiene firme: anunciar de parte del Padre el designio de salvación preparado desde el principio del mundo. Hasta su muerte, Cristo será el profeta que anuncie lo que el Padre le encargó que comunicara a los hombres, y para lo que fue enviado.

2ª. “Podría tener el don de profecía; si no tengo amor, no soy nada”

1Co 12,31-13,3

Alguien ha llamado a esta singular página paulina el Cantar de los Cantares de la nueva alianza. Cada línea, cada afirmación del mismo, están orientadas a iluminar a los corintios sobre el tema de los carismas debatido en esta concreta sección de la carta. Pablo quiere decirles sin medias palabras, de forma clara y contundente, que sólo hay un carisma absoluto: el amor.

Evidentemente el amor del que aquí habla san Pablo es el amor cristiano -el *ágape*- que ha sido derramado por el Espíritu en nuestros corazones (Rom 5,5). Un amor que se dirige conjuntamente a Dios y al hombre, nuestro hermano

El amor ha de ser siempre la norma que guíe su comportamiento en las distintas circunstancias de su vida cristiana, porque *el saber envanece y solo el amor es provechoso* (1 Cor 8,1-3). Ahora despliega toda su fuerza expresiva en tres magníficas estrofas cuyo contenido fundamental es el siguiente:

Sin amor hasta las mejores cosas se reducen a la nada (1 Cor 13,1-3).

Los mayores esfuerzos, el conocimiento de lenguas y de los misterios terrenos y celestiales, los sacrificios, el fanatismo: sin amor, no vale nada todo eso. En todas estas situaciones, incluso en la de la fe, por asombroso que parezca, el hombre puede buscarse a sí mismo y estar fuera de la órbita del Señor (Mt 7,22-23). Sólo el amor, el verdadero amor cristiano, hace que tengan valor todas las realidades y comportamientos del creyente. Se sobreentiende que se trata de tener valor en orden a conseguir la salvación proclamada por Cristo, pues la reflexión de Pablo no es filosófica sino teológica. El vínculo con el Espíritu es la única garantía de un amor auténtico.

El amor es el manantial de todos los bienes (1 Cor 13,4-7).

En esta segunda estrofa enumera san Pablo quince características o cualidades del verdadero amor al que presenta literariamente personificado de manera semejante a como se personifica a la sabiduría en los pasajes del Antiguo Testamento. Siete de estas cualidades se formulan positivamente, y otras ocho de forma negativa. Y se trata de cosas sencillas y cotidianas para que nadie piense que el amor es cosa de "sabios y entendidos". Pero al mismo tiempo se insinúa que ser fieles a este amor supone un comportamiento heroico, porque el común de los hombres -los corintios en concreto- actúan justamente al revés. Al amor no le inquietan los resultados. Es la presencia misma de Cristo dentro de las relaciones con los demás (13, 5-6).

Si sustituimos “amor” por “Cristo”, obtenemos un retrato impresionante de Cristo, porque ágape es el amor de Cristo en nosotros.

El amor es ya aquí y ahora lo que será eternamente (1 Cor 13,8-12).

Esta tercera estrofa tiene tanta extensión como las dos anteriores juntas. Comienza y termina con la palabra clave de todo el himno: el amor. Es solemne, armoniosa, profunda. Con ella responde Pablo sobre todo a esta pregunta: este amor del que se han dicho cosas tan hermosas ¿es también, al fin y al cabo, algo imperfecto, temporal y caduco como el resto de los carismas? Sólo el amor, responde san Pablo, abre un verdadero porvenir, ya que no es alcanzado por la muerte y pertenece tanto al presente como al futuro de la perfección. Describe además la vida cristiana, porque el amor es un fruto, un don, un espíritu santo, una fuerza, un dinamismo, una plenitud. Es el camino por excelencia que inspira la vida cotidiana del creyente

Conclusión (13, 13): preeminencia del amor sobre la fe y la esperanza.

Sólo el amor, que es capaz de transformarlo todo, de cambiarlo todo, no cambiará. Queda así reafirmada la superioridad incontestable del amor frente a cualquier otro carisma, por muy apreciado que esté siendo ahora por los corintios o pueda serlo en el futuro por otras comunidades cristianas. Incluso la fe se transformará en visión y la esperanza en cumplimiento.

El apóstol alcanza una plenitud de expresión en lo que se refiere al amor. Sus aplicaciones varían según las situaciones, pero su fuerza cristológica, eclesiológica y teológica es constante. Su encuentro con Cristo, cuando perseguía a la iglesia, le reveló a Pablo la fuerza del amor de Cristo. Este acontecimiento decisivo le permitió acoger con gozo y con energía lo que habían recibido de Cristo y de los apóstoles las primeras comunidades. Pero Pablo enriqueció la tradición estableciendo un vínculo muy estrecho entre el Espíritu Santo y el amor, confiriéndole así su carácter de autenticidad y de verdad. De este modo, el himno al amor es revelador de Cristo, de Dios y del Espíritu.

Evangelio: De la aceptación, al rechazo del mensaje profético de Jesús

Lc. 4, 21-30

El evangelio de este domingo es continuación del proclamado en el domingo anterior. La reacción de las gentes de Nazaret ante la predicación inaugural de Jesús, aunque positiva en un principio, se torna después negativa. Chocan con la persona de Jesús que creen conocer (v. 22). Le piden milagros, como si tuvieran derecho a ellos por ser sus compatriotas (v. 23). Jesús, apoyándose en el ejemplo de Elías y Eliseo, contesta este derecho, dejando vislumbrar de esta manera la salvación de los paganos (v. 25-27). Reconoce claramente el rechazo que sus compatriotas le atribuyen (v. 24). Intentan matarlo (v. 28-29). Toda la escena es una prefiguración de la relación de Jesús con su pueblo, que terminará matándolo.

¿Cómo comprender el cambio radical que parece llevarse a cabo en el relato a partir del v. 23? ¿Por qué este discurso repentinamente polémico con el que Jesús responde a la sorpresa de su auditorio (vv. 23-27) que no deja de provocar la cólera de los habitantes de Nazaret (vv. 28-29)? ¿Por qué Jesús hace alusión a lo que sucedió en Cafarnaún (v. 23), cuando el relato sólo mencionará su llegada a esa ciudad? (4,31)

Aunque mantengamos una connotación positiva para el verbo «admirarse» (v. 22), de la repentina reacción de Jesús, podemos deducir que los habitantes de Nazaret, al considerarse como los beneficiarios inmediatos del cumplimiento de la profecía de Isaías, esperan de él que lleve a cabo entre ellos los milagros que ha anunciado (*«Seguramente me recordaréis el proverbio: 'Médico, círate a ti mismo'»*), como ya ha hecho en Cafarnaún (*«Lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlo también aquí, en tu pueblo»*). Anticipándose en cierto modo a su demanda de curaciones -y previendo su posterior cólera-, Jesús la rechaza y, tomando el ejemplo del ministerio de los profetas Elías y Elíseo, redefine para ellos cómo, por su misión, debe cumplirse la cita de Isaías. La interpretación que ofrece de ella cambia todas sus expectativas: el perdón de Dios es ofrecido igualmente a los paganos; el año de gracia del Señor es proclamado en primer lugar para los de fuera. La purificación de Naamán el sirio y la comida compartida por Elías con la viuda de Sarepta dan testimonio de ello. No se rechaza a Israel, sino que debe aceptar la entrada de los paganos en el pueblo de Dios.

Hay que subrayar la importancia del v. 24: *«La verdad es que ningún profeta es bien acogido en su tierra»*. Al citar este aforismo, Jesús se designa a sí mismo indirectamente como profeta y pronuncia al mismo tiempo una palabra profética que se lleva a cabo sin tardar: desde los vv. 28-29 es rechazado por los habitantes de Nazaret, su tierra. En todo este episodio, la talla de Jesús como profeta se impone al lector y, paradójicamente, el hecho mismo de que sea rechazado confirma la autenticidad de su vocación profética.

La referencia anticipada a los acontecimientos de Cafarnaún puede comprenderse entonces desde esta perspectiva: indicando también ella la palabra profética de Jesús -una palabra que desvela el sentido de los acontecimientos-, interviene en el relato antes de que los propios hechos hayan llegado a conocimiento del lector. Por esta razón, el episodio de la llegada de Jesús a Cafarnaún, que sigue inmediatamente, está estrechamente unido a la predicación de Jesús en Nazaret.

De esta manera, Jesús entra a formar parte de la raza de los profetas (v. 24). El Espíritu del Señor reposa sobre él como sobre los profetas, siendo portador del mensaje de salvación. Pero de hecho es algo más que un profeta, ya que el objeto de su mensaje es su propia persona. Este mensaje es más importante para él que los milagros, aunque para los que le escuchan sea lo contrario. Este es el origen del rechazo de Israel que le llevará a la muerte.

HOMILÍA

Jesús, Jeremías y Pablo: Tres hombres con una única misión: dar a conocer a los hombres la voluntad salvadora de Dios.

Jesucristo, plenitud de la revelación y realizador del designio de Dios, enviado del Padre para la liberación de los pobres, de todos los pobres, y sin distinción alguna entre judíos y gentiles

Jeremías, el gran profeta del primer cuarto del siglo VI a.C, que prefigura la vocación y misión del Hijo de Dios con la suya propia.

Y Pablo, llamado por Dios desde el seno de su madre, que al urgir el mandamiento del amor, la prolonga en el tiempo y en el espacio

Las tres lecturas se refieren, por tanto, a un aspecto fundamental de la existencia cristiana: la misión profética, cuyos caracteres esenciales aparecen ya descritos en la vocación de Jeremías:

El profeta es, en primer término, un elegido por Dios. Su llamamiento se produce con anterioridad a cualquier merecimiento propio. Dios dice a Jeremías: "Antes de formarte en el vientre te conocí; antes que salieras del seno te consagré, te constitúi profeta de las naciones" (Jer 1,5). Jesús, al presentarse en la sinagoga de Nazaret, no se atribuye a sí mismo la misión, sino que la lee ya profetizada en las Escrituras, es decir, prevista por el Padre que le ha enviado. Y Pablo, por su parte, sabe muy bien -y así lo expresa- que todo carisma o ministerio eclesial proviene del Espíritu de Dios, sobre todo el carisma por excelencia que es el amor.

La elección divina sostiene y orienta, además, la totalidad de la existencia y de la acción profética. Nadie puede actuar por cuenta propia, sino para cumplir el designio del Señor que le llama y envía.

Dios elige a cada uno por su propio nombre, pero la tarea encomendada desborda los intereses personales del elegido. *No se es profeta en beneficio propio, sino al servicio de los demás.*

El profeta es, ante todo, un enviado por Dios como portador de salvación universal. Elías y Eliseo realizan en favor de unos extranjeros los milagros de resurrección de muertos y de curación de la lepra, Jesús comienza el anuncio del mensaje de la salvación en su propia patria, pero se dirige a los paganos al ser rechazado por los suyos. Y Pablo es constituido Apóstol de los gentiles para llevar el conocimiento de Cristo a todas las naciones.

Al servicio de la salvación del hombre, *el profeta ha de cumplir una doble misión:* por un lado destruir, por otro edificar (Jer 1,10). Por un lado proclamar la Buena Nueva a los pobres, por otro, denunciar los comportamientos personales o colectivos que no respetan los criterios y valores del evangelio: Por un lado, devaluar cuanto no se inspira en el amor; por otro, proclamar que el amor es el valor supremo de la vida y que toda falta cuando falta el amor.

La elección y el envío, traen consigo inevitablemente, para el profeta, pruebas y dificultades: el sufrimiento de que los hombres no escuchen ni acepten el mensaje de Dios que proclama en su nombre. El riesgo, también, de ser maltratado, considerado enemigo público, tenido por anunciador de desventuras. La biografía de Jeremías está entretejida de episodios de este género. Jesús estuvo a punto de ser apedreado en su propio pueblo, y Pablo vivió unas relaciones tensas con los cristianos de Corinto, cuando les escribió su primera carta.

Pero para superar esas pruebas, el profeta recibe también la fuerza del Señor. Dios dice a Jeremías: "No les tengas miedo... Yo te constituyo hoy en plaza fuerte, en columna de hierro y muralla de bronce frente a todo el país". Jesús, ante los nazarenos que quieren despeñarlo, dice san Lucas, "abriéndose paso entre ellos, se marchó". ¡Qué valentía sobrehumana y qué poder de Dios revela su actitud! ¿Y no es fuerza de Dios la

que muestra Pablo al anteponer el amor cristiano a la ciencia, a la pobreza total, a las llamas, y a la misma fe?

La misión cristiana necesariamente *interroga a las conciencias, pero es siempre una interpelación saludable*. Saca al hombre de su rutina, de la rigidez de sus esquemas mentales, de su mediocridad. Ser y vivir como cristianos es, inevitablemente, situarnos y situar a los demás ante nuestra pobreza y debilidad, ante nuestras miserias y ruindades, pero para llevarnos a la toma de conciencia de nuestra dignidad de imágenes de Dios, de hijos de Dios.

El envío, la misión, tiene como raíz y quicio la celebración de la Eucaristía: “Id, la Misa ha terminado” La celebración del domingo, si queremos que sea auténtica, ha de ser, a la par, el punto de partida y el término de nuestra misión esencial de portadores y testigos de la verdad del Evangelio.

II. Guía para la lectura y predicación del CEC (SCE)

LA FE DE LA IGLESIA

«Cristo... realiza su misión profética... no sólo a través de la jerarquía... sino también por medio de los laicos. El los hace sus testigos y les da el sentido de la fe y la gracia de la palabra» (904).

«Los laicos cumplen también su misión profética evangelizando, con el anuncio de Cristo comunicado con el testimonio de la vida y de la palabra. En los laicos, esta evangelización adquiere una nota específica y una eficacia particular por el hecho de que se realiza en las condiciones generales de nuestro mundo» (905).

TESTIMONIO CRISTIANO

«Enseñar a alguien para traerlo a la fe es tarea de todo predicador e incluso de todo creyente» (Sto. Tomás de Aquino) (904).

«Los fieles laicos que sean capaces de ello y que se formen para ello pueden prestar su colaboración en la formación catequética, en la enseñanza de las ciencias sagradas, en los medios de comunicación social» (Cf CIC, 774, 776, 780, 229, 823) (906).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La misión del profeta viene de una elección de Dios que le protege ante la difícil tarea de ser signo de contradicción en medio de los gentiles. Jesús sigue el destino de todos los verdaderos profetas: es bandera discutida. En el episodio de la sinagoga de Nazaret entre los suyos, Jesús anuncia su misión no sólo a los judíos.

El «Himno del amor», que se proclama en la segunda lectura, incita a fijarse en lo sustancial por encima de cualquier otro carisma. Amor que es como el de Dios: donación de sí mismo, comprensión, misericordia.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

El sentido sobrenatural de la fe: 91-93.

La participación de los laicos en la misión profética de Cristo:
904-905.

La respuesta:

Actividades de los laicos en la misión evangelizadora: 906-907.

C Otras sugerencias

I.

La presentación de la misión de Jesús en medio de los suyos provoca una reacción contraria a El. Al profeta no se le aplaude pues no habla para agradar sino para iluminar desde la voluntad de Dios.

¿Puede un cristiano pasar desapercibido en medio de los suyos? Su misión es la de Cristo. ¿Por qué no es bandera discutida como El?

La misión profética del cristiano se realiza como en Cristo con palabras y obras. Las palabras anuncian la salvación de Dios y las obras tienen su punto culminante en el amor, el mayor de los carismas.

III. Sagrada Congregación para el Clero:

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

Jesucristo, Jeremías, Pablo: Tres hombres con una única misión, cuyo vértice es Jesucristo, plenitud de la revelación y de la misión salvífica de Dios. En efecto, Jesús es el enviado del Padre para la salvación de los pobres, sin distinción alguna entre judíos y gentiles (*evangelio*). La misión profética de Jesús está prefigurada en Jeremías, el gran profeta de Anatot durante el primer cuarto del siglo VI a.C, de cuya vocación y misión, en tiempos de la reforma religiosa del rey Josías y luego durante el asedio y la caída de Jerusalén, trata la *primera lectura*. Pablo, segregado desde el seno de su madre, prolonga en el tiempo la misión profética de Jesús, poniendo el acento en el amor cristiano, como el carisma que relativiza todos los demás y que constituye la verdadera medida (*segunda lectura*)

MENSAJE DOCTRINAL

Características de la misión.

Son varios los caracteres que los textos litúrgicos resaltan, al tratar de la misión profética. Subrayo aquéllos que considero de mayor relevancia e incidencia en nuestro tiempo.

La misión viene de Dios.

Es Dios quien dice a Jeremías: "Antes de formarte en el vientre te conocí; antes que salieras del seno te consagré, te constituí profeta de las naciones" (Jer 1,5). Jesús en la sinagoga de Nazaret no se atribuye a sí mismo la misión, sino que la lee ya profetizada en las Escrituras, es decir, ya prevista por el mismo Dios. San Pablo, por su parte, sabe muy bien que todo carisma proviene del Espíritu de Dios, máxime el carisma por excelencia que es el del ágape.

Una misión en doble dirección.

Por un lado destruir, por otro edificar (Jer 1, 10). Por un lado, el anuncio: proclamar la Buena Nueva a los pobres, por otro, la denuncia: ningún profeta es bien acogido en su

tierra (evangelio). Por un lado, la devaluación de todo sin la caridad, por otro, la caridad como valor supremo (segunda lectura). Es la dinámica de la misión, y es la dinámica de la vida cristiana, desde sus inicios hasta nuestros días.

Una misión universal.

Jeremías es llamado por Dios a ser "profeta de las naciones"; Jesucristo ha sido ungido por el Espíritu para ayudar a los pobres, a los cautivos, a los ciegos, a los oprimidos, y para proclamar a todos un año de gracia del Señor, es decir, un jubileo. Si Dios es creador y padre de todos, todos son por igual objeto de su amor y de su redención.

Una misión con riesgos.

El riesgo principal de que los hombres no escuchen ni acepten el mensaje de Dios, comunicado por el profeta. El riesgo también está en ser maltratado, considerado enemigo público, tenido por aguafiestas y profeta de desventuras. La biografía de Jeremías está entrelazada con episodios de este género. Jesús estuvo a punto de ser apedreado por los nazarenos, y Pablo vivió unas relaciones no poco tensas con los cristianos de Corinto, cuando les escribió su primera carta.

Una misión sin temor y con la fuerza de Dios.

Dios dice a Jeremías: "No les tengas miedo... Yo te constituyo hoy en plaza fuerte, en columna de hierro y muralla de bronce frente a todo el país". Jesús, ante los nazarenos que quieren despeñarlo, nos dice san Lucas que, "abriéndose paso entre ellos, se marchó". ¡Qué valentía sobrehumana y qué poder de Dios en la actitud de Jesús! ¿Y acaso no muestra Pablo una fuerza divina cuando antepone el ágape cristiano a la ciencia, a la pobreza total, a las llamas, y a la misma fe?

Una misión que exige una respuesta.

Puede ser una respuesta de rechazo, como en el caso de Jeremías: "Ellos lucharán contra ti" (primera lectura). Puede ser una respuesta doble, como en el caso de Jesús: por un lado, asentimiento y admiración, por otro, indignación y deseo de despeñarlo por un precipicio (evangelio). Y Pablo, en la segunda lectura, al proponer a los corintios el carisma de la caridad, no hace sino pedirles que respondan con generosidad a dicho carisma.

SUGERENCIAS PASTORALES

La misión cristiana, una provocación.

Para el hombre, cualquiera que sea su circunstancia, toda propuesta que venga de Dios es una provocación, porque le saca de su rutina, de sus esquemas mentales, de su aurea mediocridad. Jesús provoca a los nazarenos, al herir su orgullo por no hacer en Nazaret los milagros realizados en Cafarnaún, y les provoca poniendo fin a los privilegios judíos y además dando preferencia a los gentiles, sobre los judíos, como sucede en los ejemplos que Jesús pone de Elías y Eliseo. El ágape que Pablo propone a la Iglesia de Corinto es una provocación mayúscula para aquellos griegos educados en el culto a la razón y al eros. Ser y vivir hoy como cristiano es también provocar, pero se trata de una provocación saludable. Hay que provocar inseguridad en la mentalidad, para que se realice una verdadera conversión, cambio de mentalidad, metanoia. Hay que provocar con la "debilidad" de todo hombre, para que adquiera relevancia y sentido en toda vida humana la fuerza y el poder de Dios. Hay que provocar con las baratijas de felicidad que los hombres compran en el supermercado de la sociedad o de la cultura, para que abran los ojos a la auténtica felicidad que está en Dios y que Dios nos da. Hay que provocar al hombre en sus miserias y ruindades, para que tome conciencia de su grandeza como

imagen de Dios, como hijo de Dios. Si el cristianismo no provoca ni sacude al hombre en su interior, es que ha perdido fuerza revulsiva y mordiente, es que ha perdido su razón de ser en la historia.

El ágape cristiano, medida de todo.

Un grave y frecuente error del hombre es confundir el contacto físico o la relación sexual, o el eros sentimental, con el amor, con el ágape. El amor cristiano no es un momento pasajero, epidérmico o sentimental, efímero como las hojas de otoño, insatisfactorio como todo "juego" egoísta y frecuentemente sensual. El amor cristiano reverbera corporal o sentimentalmente, pero su más pura esencia es interior, espiritual, divina. El amor cristiano es una actitud del alma que mide todo objeto, toda ciencia, toda relación, toda actividad, todo acontecimiento. ¿Es el amor cristiano la medida de tus relaciones con los demás, de tu vida familiar, de tu dinero, de tu trabajo o profesión, de tus diversiones? ¿Es el amor cristiano, en tu parroquia o en tu diócesis, el verdadero metro con que se miden todas las demás realidades parroquiales o diocesanas? Si el amor es la medida de todo, la medida del amor es un amor sin medida. ¡Cuánto queda todavía por hacer!

IV. Radio Vaticano

Llegamos al cuarto domingo del tiempo ordinario. La Iglesia nos pide meditar en este ciclo C con las lecturas del Profeta Jeremías, el salmo 70, continuamos leyendo el capítulo 12 de la primera Carta a los Corintios, y el evangelio es la continuación del capítulo 4 de Lucas. Escucharemos decir a Jesús, que ningún profeta es bien mirado en su tierra.

En la primera lectura de este domingo tenemos la vocación de Jeremías, el llamado que le hace Dios para que sea su vocero, su profeta. Con cariño Dios le dice que antes de formarse en el vientre de su madre ya lo conocía, lo había escogido, lo había consagrado antes de que saliera del seno materno. Pero el mismo Dios le dice que su tarea no será fácil: cíñete los lomos, ponte en pie y diles lo que yo te mando. Y sobre todo que no le tenga miedo a la gente. Y el mismo Dios le promete que estará con él dándole fuerzas y la palabra oportuna para predicar. El texto de la liturgia de hoy no nos muestra la respuesta de Jeremías, que dice que es un muchacho que no sabe hablar, y por ello Dios le toca la boca como signo de que la consagra para él. Jeremías se convirtió en un gran profeta, es para nosotros uno de los cuatro profetas mayores, y nos demuestra que cuando Dios llama, da las palabras y las actitudes para que la persona cumpla su cometido. Y Dios nos ha llamado a todos, por el bautismo, a que seamos sus profetas, a que le anunciemos en nuestros ambientes y a que demos testimonio de su fidelidad y su bondad para quienes creen en él.

Jeremías mostró cierta duda ante el llamado por ser un muchacho, y sobre todo porque conocía al pueblo y el pueblo lo conocía a él. De hecho en la lectura Dios le promete que estará con él para cuidarlo y protegerlo. En el caso del evangelio, Jesús, que ha leído el trozo del libro de Isaías donde se dice que el "espíritu del Señor está sobre mí porque él me ha ungido", dice a los presentes que hoy se cumple esa escritura, con él se cumple la promesa hecha por Dios de enviar a su ungido. La gente reacciona, y algunos decían, tal vez en todo despectivo, no es éste el hijo de José, a Lucas le faltó añadir, "el hijo del carpintero". Y entonces se da la afirmación que ningún profeta es bien mirado en su tierra. El hecho que la persona sea conocida, que los pobladores hayan visto crecer, sepan de los orígenes de una persona que de repente comienza a hacer prodigios, hace que salten las dudas, que se piense mal de esa persona. Y eso le pasó a sus conciudadanos de Nazareth y al pueblo judío, que aún no reconoce en Jesús al Mesías enviado por Dios. Por ello el Señor dice que si los propios no lo reciben, la palabra será predicada a otros pueblos, los milagros se harán a otra gente, a extranjeros, a paganos y a gentiles, gente

que según el pensamiento de los judíos no debería recibir la salvación porque no formaban parte del pueblo elegido. Por ello Jesús dice que Dios ayudo a la viuda de Sarepta, curó a Naamán, el sirio, porque con un corazón más limpio y sin la tentación de creerse salvados acudieron con humildad a Dios y le aceptaron en su corazón. Jesús nos advierte también a nosotros sobre la tentación de creernos salvados por el hecho de ser cristianos, de ser bautizados, y nos invita a hacer las buenas obras y a estar con él para ganarnos la salvación que fue obtenida por su sacrificio en la cruz.

Retomando la idea precedente, de que no nos creamos automáticamente salvados, sino que tenemos que obrar el bien, viene a completar el cuadro la segunda lectura, de la primera carta de San Pablo a los Corintios. Allí el apóstol nos dice que ambicionemos los carismas mejores, los que da Dios. Porque podemos hacer grandes cosas, podemos hablar lenguas, podemos incluso predicar, curar enfermos, inclusive decir que tenemos fe como para mover montañas, pero si todo eso no se acompaña del amor, de nada nos sirve, sera como una campana que suena, que hace ruido, pero que se desvanece apenas se queda quieta. El amor es el principal empuje que debemos tener en la obra de la evangelización. Y el amor es el mismo Dios como se define en la carta del apóstol Juan. Es un amor servicial, que no tiene envidia, que no presume, que no es mal educado, que no lleva cuentas del mal, que no se alegra de las injusticias, que se goza con la verdad. Un amor que disculpa sin límites, que cree sin límites, es un amor que no pasa nunca. Si afirmamos que Dios es amor, y que el amor tiene todas esas definiciones, entonces tenemos ante nosotros como una buena regla para medir nuestra cercanía y entrega a Dios. Por que si actuamos diversamente, si no damos espacio en nuestro trabajo de evangelización a todas estas virtudes, entonces podremos estar muy comprometidos en la Iglesia, en el grupo, en la comunidad, pero seremos solo campanas que hacemos ruido pero que no penetramos en la profundidad del amor de Dios. Si Dios es amor, toda nuestra vida de creyentes debe ser una expresión vida del amor por los demás.

Pidamos en este domingo a Dios que nos llene de su amor. Que nos dé la fuerza de su espíritu para que podamos evangelizar y ser sus testigos, y que aleje de nosotros la tentación de ser autosuficientes, de creer que estamos salvados, que nos dé la humildad para reconocer que lo necesitamos todos los días de nuestra vida.